

## LA CONSTRUCCION DE AMERICA LATINA

TULIO HERNANDEZ

Dos tendencias, aparentemente contradictorias, parecen ser constantes en las maneras como los latinoamericanos, especialmente su intelligenzia y sus élites dirigentes, se representan o se han representado la imagen y el futuro de lo que hoy conocemos como América Latina.

De una parte, la vocación y la certeza compartida de que somos una unidad geográfica y cultural con un pasado y un destino común, llamada a convertirse en una sola y gran nación. Y, de la otra, la incapacidad práctica y la ausencia de voluntad política, no sólo para hacer real y operativa esa unidad sino, lo que resulta más dramático, para producir una imagen transparente de identidad y un centro de cohesión interno capaz de unificar, de alguna manera, los fragmentos plurales que la integran.

La vocación unificadora e integracionista, en muchos casos convertida en vaguedad oficial o en lugar común noble, tropieza así con obstáculos políticos y estratégicos, pero también con la opacidad de representaciones simbólicas que remiten a un pasado lleno de incertidumbres y a la reproducción mental de la manera colonizada y homogeneizante como nos acostumbró a contemplar a la América Latina la mirada europea.

Tal vez por eso, el tema de la identidad nacional y latinoamericana ha sido una de las frecuentes obsesiones que han asediado a nuestra élites dirigentes, provocando respuestas extremas, salidas fanáticas y un pensamiento dualista que, de manera harto reveladora, todavía es de curso corriente en la región. Porque, alguna notable cohesión debe existir, algunas preguntas esenciales no resueltas, para que los hombres de un continente se hayan visto compelidos durante siglos a realizar un esfuerzo notable, una verbalización definitoria, incluso, una práctica de alardes para demostrar a toda costa su originalidad y su especificidad con la misma pasión que otros, del mismo continente, se han empeñado en negarla.

### UN CONTINENTE DUDOSO E ILEGITIMO

De partida, lo que hoy conocemos como América Latina, a diferencia del continente americano en su conjunto, se constituyó desde un principio como un conglomerado humano hijo de la duda y como un orden civilizatorio sin legítima justificación.

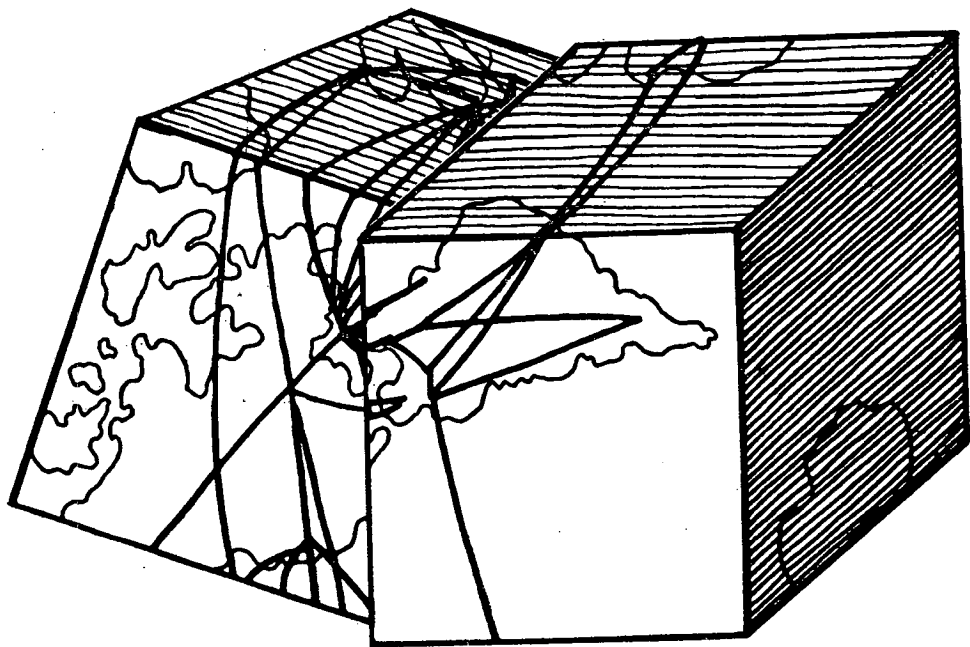
Dudosa, para comenzar, fue la propia humanidad de sus primeros habitantes, sometida a discusión por la realeza, la intelligenzia y la jerarquía cristiana europea de

los siglos XV y XVI, al asignarse el derecho a decidir si los habitantes de estas tierras merecían el calificativo de humanos o si, sencillamente, habría que ubicarlos en una escala diferente más cercana a la animalidad.

Dudas, que son esencialmente profundos desgarramientos, fueron las que experimentaron las primeras generaciones de descendientes ibéricos nacidas en América al saberse, al mismo tiempo que "americanos", ciudadanos europeos desterrados de aquello que se creía era el centro del mundo y al que más nunca volverían a pertenecer de una manera legítima.

Y dudas, son también en el fondo, todas las preguntas y los sucesivos ejercicios de afirmación, que en torno a nuestra ubicación frente a España, Estados Unidos, Europa y a las demás naciones vecinas, se han formulado los estadistas, intelectuales y artistas latinoamericanos desde el momento mismo de la gesta independentista.

En definitiva, ha sido tan importante el papel de las dudas sobre nuestra legitimidad como civilización (Don Alfonso Reyes reclamaba en 1936, frente a la reunión anual del Pen Club Internacional en Buenos Aires: "reconocednos la ciudadanía universal que ya hemos conquistado, hemos alcanzado la mayoría de edad" (1) ), que arrastramos con nosotros la *sui generis* experiencia de conformar un inmenso grupo humano, cuya imagen y autoimagen ha dependido en buena medida de los atributos, nominaciones, taxonomías, prohibiciones y aprobaciones que otra cultura —en este caso la civilización europea occidental— ha realizado sobre nosotros mismos.



## UNA PERTENENCIA CONFUSA

Pero estas definiciones, estos sistemas de clasificación, no han sido el mero resultado de una forzosa imposición exterior. Pues, a diferencia de otras experiencias de conquista y colonización, donde las culturas enfrentadas no llegaron a entrecruzarse —la sajona en norteamérica basada en el exterminio o desalojo de la población autóctona, la inglesa o la francesa en la India y el Africa basada en el usufructo económico del territorio y de la mano de obra— en América Latina, el proyecto evangelizador, la sexualidad indiscriminada de los colonizadores y el deseo de las coronas ibéricas de construir un mundo a su imagen y semejanza, hizo que el colonizador y el colonizado quedaran para siempre confundidos.

Al menos, fue eso lo que sucedió en el seno de la élite blanca y mestiza, haciéndole dueña de un gran desconcierto interior, expresado en su negativa (vigente hasta nuestros días) a sentirse parte de esta suerte de "sucursal" del mundo civilizado y en sus esfuerzos prácticos y artificios simbólicos para negar tal pertenencia.

La condición desarraigada de nuestras élites criollas dejará su huella profunda y sentará las bases de unas sociedades paradójicas. Pues, si nadie duda que son la estructura social y las formas de vida impuesta por España y Portugal lo que confiere una unidad esencial al continente latinoamericano, es también muy obvio que los colonizadores no pudieron evitar que pervivieran y se consolidaran caracteres muy diferentes, casi "indomables", que muestran cómo un mundo preibérico o "no ibérico" trascendió y en cierta medida se sobrepuso al mundo colonial. Pero esta circunstancia civilizatoria o no fue comprendida o quiso ser rechazada a ciegas por la élite criolla creando una sociedad internamente escindida y una "ambigüedad esencial" (2) que ha presidido la inserción de América Latina en el mundo moderno.

Y allí está la paradoja: en las circunstancias que explican cómo una sociedad, a través de su cultura dominante, se empeñó en negar e inferiorizar aquello que era y es un componente activo y esencial de su vida colectiva —las supervivencias y aportes no ibéricos: lo negro, lo indígena y sus herencias rurales— avergonzándose de ellos o mitificándolos y estereotipándolos para librarlos de cualquier "impureza" original.

El historiador venezolano Germán Carrera Damas ha sido muy gráfico al definir la cultura criolla como "una cultura cuyos logros traducen un permanente anhelo de identificación con la cultura metropolitana, a la par que el rechazo intransigente de las culturas dominadas. (3)". Pero, al mismo tiempo, y esto vale para toda América Latina, cómo una cultura que al convertirse en proyecto de "cultura nacional" a raíz de la gesta independentista, se vió obligada a buscar en las formas de "autenticidad" no ibéricas, precisamente en aquello que rechazaba, los elementos necesarios para ratificar su independencia cultural, su diferencia y su autonomía frente a la metrópoli española.

Este ambiguo sentimiento de pertenencia, esa necesidad de afirmar y al mismo tiempo negar la autenticidad regional propia de nuestros sectores dominantes marcará decisivamente la imposibilidad futura de forjar una imagen transparente de América Latina y colocará, entre la afirmación desesperada y la autonegación, entre el alarde y el desprecio, el polarizado y sucesivo debate sobre la identidad cultural latinoamericana. En el primer caso, porque la conciencia de América Latina va a estar mediada por el interés mayor de cada país por relacionarse primero con Estados Unidos o Europa y, en segundo plano, con las naciones semejantes, produciendo invisibilidad e ignorancia mutua y del contexto profundo del continente. En el segundo caso, porque esa misma situación exigirá negaciones radicales para poder afirmar la autonomía o servilismos profundos para salvar la razón y la autoestima de las con-

ciencias colonizadas.

## EL PASADO COMO RELIQUIA O EL PASADO COMO CONDENA

Las dos maneras esenciales que encontraron los europeos para explicare la desconcertante realidad americana —la leyenda negra (el salvaje maldito, la naturaleza, envilecedora) y la leyenda dorada (el buen salvaje, la naturaleza pródiga)— sobrevivieron exitosamente hasta nuestros días.

De la primera, la leyenda negra, son herederos directos todo aquel conjunto de formulaciones que han tratado de explicar el proceso histórico y la unidad latinoamericana como un gran fracaso resultante de la condición minusválida, las taras genéticas y la naturaleza salvaje y patológica de nuestros pueblos autóctonos y, en buena medida, de los primeros conquistadores. La leyenda dorada, en cambio, encuentra su continuación en todas aquellas reflexiones y explicaciones que han generalizado la idea de la existencia de una identidad nacional y latinoamericana —perdida o atrofiada por el colonialismo y el imperialismo cultural— que es posible, todavía, "rescatar".

Mientras los primeros —cosmopolitas, universalistas y transnacionalistas— viven el pasado más como una maldición, como pecado original a superar, que como imagen o repertorio simbólico al que hay que permanecer fiel, los segundos —reunidos en las diversas formas del indigenismo conservador y de los populismos nacionalistas de izquierda y de derecha— colocan su fe en la existencia de una "esencia" étnica, nacional o latinoamericana ya constituida, ya realizada a la que se debe fidelidad o a la que se podría retornar para reconstituir la cohesión que enmiende nuestro destino histórico.

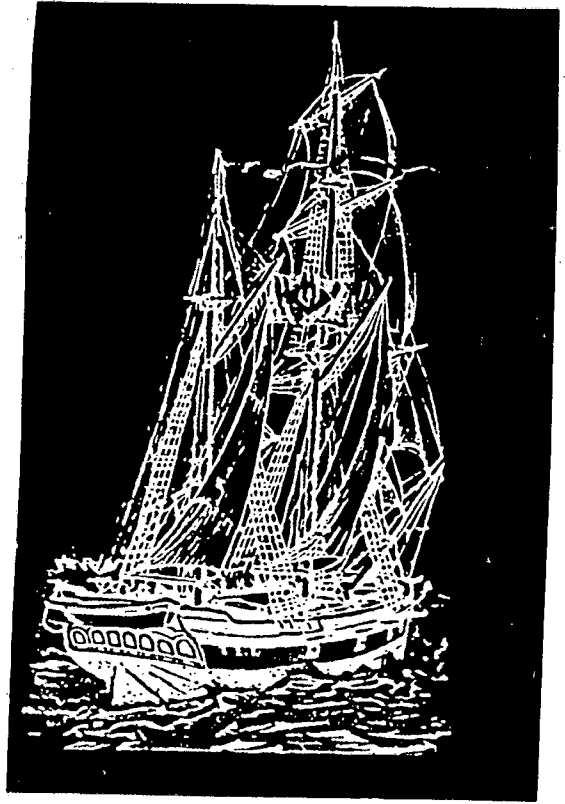
Entre ambos polos, la pregunta y la respuesta por la identidad quedó convertida, bien en mero acto de afirmación de un pasado representado por un conjunto de rasgos y valores incuestionables de probada vigencia cultural, bien en reclamo de exorcismo y abandono de esos mismos valores como condición previa para "modernizarnos", "civilizarnos" y transitar por los caminos del "progreso".

Desde las sentencias de Alberdi —"América es un toldo de razas abyectas, un gran continente abandonado a los salvajes incapaces de progreso" (4)— y su proposición de exterminio de las "tribus salvajes" para poder "poblar" y "civilizar", hasta las más recientes tesis de los venezolanos Carlos Rangel y Angel Bernardo Viso, para citar casos cercanos, hay una sorprendente continuidad.

Viso ha sostenido que uno de los traumas esenciales del venezolano ha sido la manera resentida como éste ha asumido su identidad y su ruptura con el pasado indio y español. Resentimiento que se vió "agravado por la importación masiva de negros" (5) y que se encuentra su origen en la manera pasiva y femenina como reaccionaron los indígenas frente al colonizador.

Porque, afirma el autor, la diferencia esencial estriba en que nuestros antepasados, los indígenas, son pueblos femeninos "susceptibles de alimentar el resentimiento" (sic), mientras que "un tipo perteneciente a un pueblo señorial cultiva valores que le impiden convertirse en un resentido" (6).

Tesis semejantes o cercanas podríamos encontrar en muchos otros autores latinoamericanos contemporáneos. En esa especie de psicoanálisis colectivo que practica Carlos Rangel para explicar la mentalidad latinoamericana como el "resultado de una mitología compensatoria del fracaso" (7), que recurre al antiimperialismo para transferirle sus responsabilidades internas. O, en las tesis de Vargas Llosa cuando condena cualquier ejercicio nacionalista en la cultura pues, afirma, "no existan culturas 'dependientes' y 'emancipadas'. Existen culturas arcaicas y modernas, pobres y ricas, débiles y poderosas (pero) dependientes lo son todas" (8).



El afán de negar cualquier contradicción entre "dominados y dominadores", entre "imperialismos y dependencias" y por afirmar una cultura universalista a la que, perteneceríamos todos por igual contrasta notablemente con la actitud de los buscadores de identidad.

Según y donde se coloque el énfasis, la identidad —que fue asumida como despojada, debilitada o a punto de perderse— se ha reseguido en múltiples lugares. En un determinado período histórico: el mundo precolombino, para los indigenismos; el escenario oligárquico colonial, para los nacionalismos más conservadores; la gesta independentista y el presente rural para las diversas formas de populismo. En determinados repertorios simbólicos: la unificación del idioma, para los hispanistas; las tradiciones folklóricas, para el purismo nacionalista; incluso, como lo propone el documento de Puebla (9), en la homogeneización cristiana. Pero siempre remitiéndose al pasado y encontrando, sistemáticamente, en casi todos los elementos del presente (sobre todo en los medios, de masas y las tecnologías) una amenaza decisiva para la conservación de estos rasgos de identidad considerados, sin discusión, valores absolutos.

Como sospechosa compensación a la pasión europeizante de la élite criolla, con el avance de los proyectos nacionales, comenzó a generalizarse una imagen elogiosa del pueblo y sus tradiciones que diluía cualquier contradicción interna —cultural, regional o de clase— y conformaba un gran fresco de la nacionalidad, decretada desde

entonces como los marcos dentro de los cuales reposaría la fuerza de la tradición.

Y es en este punto donde convergen ambos polos de la contradicción: en el procedimiento por medio del cual ambos enfoques remiten sus explicaciones única y exclusivamente al pasado. Los nacionalismos y populismos, al expulsar la noción de identidad, y con ella al pueblo, de la modernidad, y al convertir la nacionalidad en exotismo interior, en compartimiento estanco, en algo que hay que preservar con técnicas parecidas a la conservación de los Parques Nacionales. Los cosmopolitismos transnacionalizantes, porque en su afán de exculpar a los centros colonialistas e imperialistas, hacen "tabula rasa" de la historia, y practican un ocultamiento esencial al atribuir a taras endémicas aquello que debe explicarse a partir de los procesos sociales y su devenir. El pasado, en ambos casos, antes que instancia fundante y necesaria para la interpretación del presente, se sacraliza y se fanatiza: como reliquia o como condena.

## PARA HISTORIZAR UNA NOCIÓN

Una primera operación necesaria para comenzar a construir una imagen más transparente de la región —y superar así tanto el desarraigo colonizado que no impide ver nos desde nuestra experiencia, como las polarizaciones atemporales ya señaladas— debe ser aquella que historicice la propia noción de Latinoamérica. Esto es, que supere una concepción inmanente de la historia que nos hace olvidar que lo que hoy conocemos como América Latina es una invención reciente, y que el sistema de representaciones mentales y acciones estratégicas que nos permiten pensar en este agregado de repúblicas "independientes" como una forma de **supranacionalidad** es un fenómeno geopolítico y cultural que comenzó a definirse no por su oposición, independencia o pertenencia al mundo ibérico (como la noción de hispanoamérica) sino por su ubicación frente a los cambios en el sistema mundial de sociedades y, en particular, frente al imperio del Norte con el cual la región está obligada a compartir su destino.

Esto significa que hablamos hoy de un conjunto de sociedades cualitativamente diferente al que en esos mismos espacios geográficos constituían antes de la gesta independentista e, incluso, al que existía hasta comienzos del presente siglo. Por tanto, cualquier definición previa de la supuesta unidad latinoamericana —la lingüística y cultural legada por la conquista hispánica, o la religiosa por la herencia católica, por ejemplo— ya no son suficientes para definir la región.

Cada vez más, producto de las migraciones internas, de los acercamientos comerciales, pero también de las redefiniciones estratégicas así como del intercambio generado por las industrias culturales, el caribe anglófono y francófono comienza a ser pensado y sentido dentro de los marcos latinoamericanos. Brasil ha dejado de ser un enclave extraño, para integrarse paulatinamente con las naciones de habla hispana. E, incluso, más allá de nuestras fronteras geográficas, América Latina se hace hoy impensable sin incluir en ella a los millones de "latinos" que pueblan hoy los Estados Unidos o sin registrar las "nuevas etnias" (10) que han comenzado a gestarse como producto de la migración del Caribe. Ambos, tanto los latinos, como las nuevas etnias caribeñas, generadoras de formas renovadas de identidad continental a través, por ejemplo, de la industria del disco, la música de salsa, el reggae, el merengue o la soca.

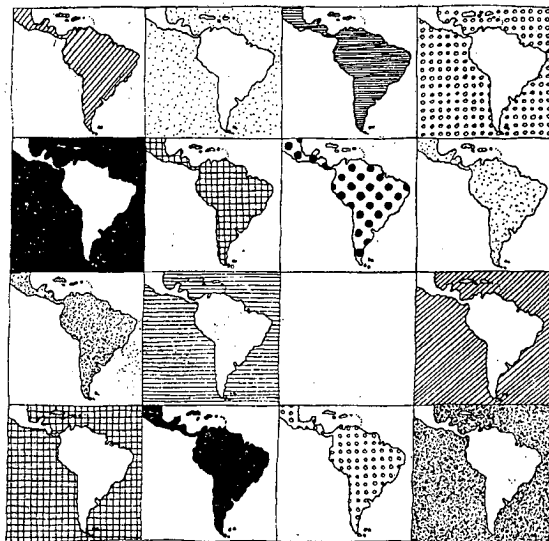
## LOS REACOMODOS EN EL ORDEN MUNDIAL

• Pero los cambios señalados no pueden ser vistos sólo como evidencias de un re-

encuentro cultural. Si bien muchos de los procesos descritos tienen un alto grado de componente étnico, la presión que sobre nuestras economías internas y sobre el propio ordenamiento y autonomía política regional han ejercido los "reacomodos" en el orden mundial, marcan la actual redefinición de lo latinoamericano.

Una revisión de las nominaciones que han asumido los movimientos y organizaciones internacionales que definen al continente americano es bastante ilustrativa. Hasta bien entrado el siglo XIX, el término **hispanoamericanismo** designaba con comodidad la unidad de una parte de la región (que excluía al Brasil y buena parte del Caribe) y así era aceptada por sus propios habitantes. Más tarde, a finales del siglo, un término forjado en los Estados Unidos el panamericanismo, comenzó a definir la unidad continental, al asignarle un destino común y una coincidencia de intereses a la América Hispánica con el gran país del Norte. Pero a partir de 1948, cuando el carácter imperialista e interventor de los Estados Unidos y las divergencias entre ambas zonas (11) se habían tornado inocultables, se comenzó a hablar de interamericanismo para designar la existencia de dos realidades distintas que negaban la unidad que a priori había sido declarada por el panamericanismo y que el mismo había sido incapaz de generar.

A partir de ese momento la idea del latinoamericanismo fue cobrando fuerza. La noción había surgido en Francia en 1836, para designar la pertenencia latina –no sajona– de la América Ibérica. Pero, con el tiempo y las contradicciones internacionales, el término va cobrando fuerza, redefiniéndose a partir de las intuiciones de Bolívar, Martí, Sandino y de uno de sus promotores –el colombiano José María Torres Caicedo– para convertirse en una noción estratégica, de unificación de intereses y defensa de la soberanía de las naciones "no desarrolladas" de América.



Si el "hispanoamericanismo" designaba el origen común de una forma de colonización, y el "pan" e "inter" americanismo una forma de organización regional y geográfica, la noción de América Latina (distinta de la original América latina, con minúscula) se fue constituyendo en la construcción de una nueva entidad histórica, de una identidad y un proyecto civilizatorio aún no cristalizado pero reconocido como

tal. Es por tanto, una supranacionalidad basada más en la coincidencia, cada vez mayor de intereses futuros, y en nexos de pasado y denominaciones comunes, que en formas ya supuestas o realizadas de identidad.

## EL RECONOCIMIENTO DE LA PLURALIDAD

Otro elemento clave para la comprensión unitaria y transparente de América es el reconocimiento de su pluriculturalismo y el de la heterogeneidad estructural que la define étnica y societariamente. No se trata de la generalizada y aceptada tesis del mestizaje —"que somos el producto único de la confluencia de tres etnias: lo europeo, lo africano y lo indígena"— con la cual se sigue ocultando ese temor por la diferencia y la diversidad expresado en la copia de aquella concepción europea que considera al Estado-nación la expresión de una "sociedad homogénea, que posee una misma lengua, una misma historia y una cultura única" (12).

El pluriculturalismo latinoamericano tiene otra dimensión. Primero, por el hecho de que ni el componente indígena ni el componente africano de ese mestizaje tenían, como se ha hecho creer, un origen y una cultura común, por lo tanto, tampoco la tienen sus continuidades. En segundo lugar, porque a pesar del origen común, la naturaleza de la conquista y las formas de ocupación territorial fue tan diversa que definió notables diferencias en las modalidades de organizaciones que conformaron las naciones actuales. En tercer lugar, porque la diversidad y la autonomía étnica se mantuvo y continúa: en los 30 millones de indígenas, agrupados en cientos de grupos o pueblos; en la recomposición y unidad étnica de las culturas afroamericanas, y, en las manifestaciones regionales que adquirió la cultura criolla, con tal diversidad que en algunos casos las hacen difícilmente reconocibles como pertenecientes a un tronco común.

Además, a contracorriente de lo que se había pensado desde finales de la postguerra, la mundialización del capital y de cultura, no ha significado en América Latina ni un debilitamiento definitivo de lo étnico, ni una homogeneización tan intensa que borre las particularidades regionales. Por el contrario, cada vez es más frecuente la creación de vínculos estrechos y nuevas formas de identidad étnica gracias al papel de las migraciones y de las industrias culturales provocando, como en el caso de la Costa Atlántica de Nicaragua y Costa Rica, y en los movimientos de reafirmación de lo afroamericano de Colombia y Venezuela, que masas de pobladores se sientan más identificados y expresados por la matriz "afro" del Caribe, por ejemplo, que con las demás manifestaciones aceptadas como "folklore nacional" en sus respectivos países.

Si a estos elementos de orden étnico, les agregamos las diversidades atribuibles a la oposición campo-ciudad, a las profundas diferencias de clase que existen en nuestros países y a su expresión en el acceso desigual a los beneficios de la educación formal y del patrimonio artístico universal, junto al impacto de las sucesivas migraciones —árabes, europeas y asiáticas— recibidas en el presente siglo, nos encontramos frente a una región que exhibe como rasgo decisivo la posesión de una entrecruzada y estratificada pluralidad cultural que debe ser incorporada como punto de partida para cualquier representación simbólica o proyecto integrador que en ella se quiera desarrollar, y, sin embargo, lo dominante hasta nuestros días, ha sido el desconocimiento sistemático de esa pluralidad.

Bonfil Battalla (13) sostiene, luego de mostrar el fracaso de muchos proyectos políticos por el desconocimiento de esa condición, que en el futuro el pluralismo cultural deberá ser un factor clave dentro de la propia concepción de democracia, dentro la organización interna de los Estados y en la elaboración de sus políticas y estrategias culturales.



La idea de la unidad cultural del área latinoamericana, incluso de América (14), fue una invención precoz de los conquistadores europeos incapaces de percibir las diferencias y necesitados de conferirle una unidad a su imperio. Pero debemos resignarnos a aceptar que esta unidad no existía y existe hoy sólo parcialmente en las estructuras impuestas por la cultura colonizadora, en las particulares maneras de responder a ella, en las formas locales o continentales e identidad étnica y clasista, en la pervivencia de culturas regionales y, más recientemente, en los frecuentes vínculos, el conocimiento mutuo y las experiencias compartidas que han ido generando las nuevas industrias culturales de la región.

Representarse hoy a América Latina implica también vencer aquella imagen uniformizante y purista. La nación, y la propia noción de identidad latinoamericana, se presentan a un tiempo, como lugar de articulación y realización de esa multiplicidad pero también como su fuente posible de negación, de amordazamiento y de tipificación. Y esto se hace muy visible cuando se exhibe nuestra unidad cultural, en los espacios televisivos o en los eventos internacionales, a través de los lugares comunes y estereotipos con los que cada nación ha encubierto su diversidad interior.

No hay entonces ninguna identidad ya concluida. Hay sí un conjunto de diversidades étnicas, clasistas, regionales y nacionales que tiene y defienden el derecho a sus decisiones autónomas y que han ido generando formas de identificación que se entrecruzan y se reúnen en la diversidad del continente pugnando por hacerse un lugar dentro de una imagen común que es todavía confusa y descentrada.

## LA CONSTRUCCION DE AMERICA LATINA O LA IDENTIDAD ES EL FUTURO

La imagen actual de América Latina y las condiciones para asumir el futuro asegurándose algún tipo de integración, deben tener como telón de fondo el hecho de que la región vive la más profunda crisis económica y política que haya experimentado en los últimos cincuenta años. Crisis que se expresa no sólo en sus negativas tasas de crecimiento, en el empobrecimiento creciente de la mayoría de sus habitantes o en el trágico endeudamiento de sus economías, sino en la dificultad para hallar líneas estratégicas y proyectos comunes que aporten un poco de visibilidad y de salidas estimulantes para prever el futuro.

El desarraigo de las burguesías nacionales, el estancamiento político de sus sociedades democráticas, la presencia cíclica de regímenes autoritarios a lo largo del continente, el obstruccionismo resultante de la intervención extranjera ante todo proyecto novedoso de organización política y, la presencia de nuevas variables como el narcotráfico, hacen de la región un campo de opacidad y de grandes dificultades futuras incluso para preservar la autonomía y terminar de conformar lo que Darcy Ribeiro ha denominado las "etnias nacionales" (15).

Nuestros países experimentan desde hace una década el cisma de la deuda externa frente a un gendarme común. Asisten a la experiencia de conflictos regionales, como el centroamericano, convertidos en escenarios locales de la gran confrontación mundial. Presencian periódicamente la intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de sus naciones, y observan, escandalizados unos, defraudados otros, la ruptura definitiva de viejas certezas, como la confianza en los tratados militares con U.S.A como aliado y protector, cuando éste vuelve la espalda a América Latina y apoya incondicionalmente a sus socios, como la Gran Bretaña, del viejo continente.

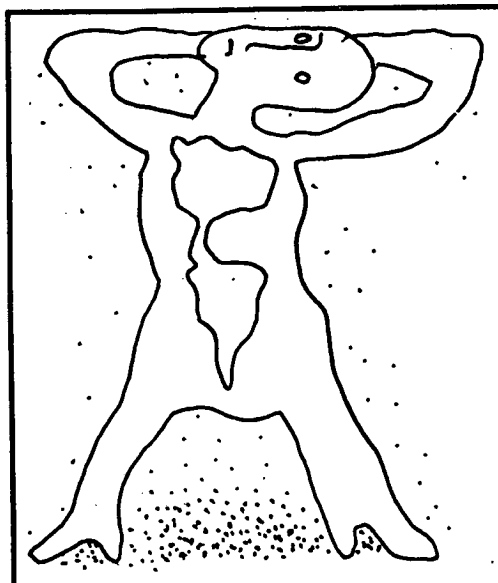
Pero también reaccionan de manera soberana y dan muestra de los que son los primeros síntomas de una integración forzosa: los llamados de Alan García, Fidel Castro, Carlos Andrés Pérez y otros dirigentes y sectores, para responder de manera

unitaria y "regional" al problema de la deuda externa; la creación de organismos intergubernamentales soberanos, sin la participación de las potencias extranjeras -Equipulas, Contadora- para tratar de resolver los conflictos bélicos internos; la conciencia de pertenencia a eso que se ha llamado el Tercer Mundo y el apoyo a las estrategias de redefiniciones en las relaciones Norte-Sur; o, la solidaridad incondicional que todos los países ofrecieron a la Argentina, independientemente de sus divergencias con el régimen dictatorial, en su confrontación bélica con Inglaterra.

El tema de la identidad y su culturalización excesiva, por tanto, tendrá que dar paso a un nuevo concepto (que es un viejo proyecto): el de la construcción de América Latina. El de la recuperación del futuro como única guía y estrategia de identidad posible, articuladora de las diferencias, y el de la confrontación valiente con nuestro pasado pero vivido desde el marco del presente, desde la modernidad y la postmodernidad que, según algunos autores, hace ya mucho tiempo que, de manera atípica y periférica comenzamos a vivir.

José Joaquín Brunner (16) sostiene la tesis de que "la modernidad ha fragmentado y descentrado de tal modo la cultura latinoamericana que ella ya no puede producir una imagen conceptual y de identidad integrada de las sociedades. Las evidencias civilizatorias actuales muestran, por otra parte, que los estados-nacionales no son ya el marco económico e institucional suficiente para responder y satisfacer las necesidades básicas de su población. Y sin embargo, ya lo dijimos, al contrario de lo que se creía, y no ocurre sólo en América Latina, se ha ido conformando un vigoroso reforzamiento ideológico y cultural de lo nacional, de lo regional y de lo étnico que responde ferozmente a las secuelas de la transnacionalización.

Este deber ser, entonces, el contexto desde el cual se piense el futuro latinoamericano: el hecho de que ésta sigue siendo una región en proceso de gestación que, a ritmos distintos, pero en la posesión de un perfil cultural con el cual se autoreconoce y se presenta frente al mundo, se debate entre la amenaza de la desaparición de sus



soberanías nacionales (como en el caso de Puerto Rico), su condición de región condenada a recibir y responder permanentemente a cambios tecnológicos y repertorios simbólicos que no han sido producidos soberanamente en su interior, y el avance contradictorio hacia un proceso integracionista que logre conformar en su seno una unidad, que reconociendo la pluralidad cultural y política, ayude a cada formación nacional a soportar la avalancha y las demandas transnacionalizadoras de la economía y de la cultura que hacen hoy inviábiles muchos proyectos nacionales.

La construcción de América Latina se impone como algo que debe ser pensado desde tres retos: el de su propia sobrevivencia, el de la superación de las trabas estructurales que impiden una vida digna para la mayoría de sus habitantes, y el de la realización plena de la modalidades y respuestas culturales que copan su diversidad.

La identidad, para quienes quieran insistir en el término, antes que el sueño nostálgico de la afirmación, deberá abrir paso a conceptos y estrategias concretas que empiecen por reconocer que lo que está en juego no es ya la aceptación o rechazo de determinados productos trasnacionales que perturban o alteran nuestras dinámicas culturales internas: sino el fortalecimiento de la capacidad de decisión "autónoma" frente a esos productos, a través de una confrontación donde lo nacional es apenas un principio articulador, mediado por la pertenencia a un espacio mayor —lo latinoamericano— y a espacios plurales de definición individual: lo regional, lo étnico y lo subcultural.

Hoy, aunque subsista la condición colonizada, a ningún escritor se le ocurriría solicitar ante el mundo la licencia de universalidad. Las identidades que se han ido gestando por la industria cultural: unos boleros, unas rancheras, unos bossanovas, un rock urbano, una salsa, que nos permite cantar juntos y reconocernos. Los personajes alucinados y estrambóticos que ha ido creando nuestra literatura haciéndonos nuestros compañeros de tránsito terrenales. Sus ciudades fantásticas: Macondo, Santa María, Los mitos continentales: Julio Jaramillo, José Feliciano, Carlos Gardel, José Alfredo Jiménez, Menudo. Los boleros y rancheras, esos que Carlos Monsivais ha denominado la "vocalización de los vencidos", atravesando con sorprendente fervor los estratos más pobres de todo el continente. Los héroes de nuestras telenovelas. Los nuevos sentimientos de pertenencia —a lo caribe, a lo tropical, a las religiones indígenas y africanas sincretizadas con el cristianismo, al universo de los suburbios urbanos— que se hacen incluso más fuertes que la pertenencia misma a las culturas nacionales. Son en su conjunto la prueba fehaciente de una integración posible, moderna, actual, donde lo general no ahogue a lo particular y donde el pasado no sea alcabala forzosa de una cultura que se exige permanecer igual a sí misma, pero, al mismo tiempo, son la evidencia de la fragmentación y el desconcierto y de las veloces transformaciones que tornan difícil hacer real la vieja conciencia de unidad.

Alfredo Chacón ha imaginado la identidad como "la fuerza vital, reflexiva e imaginativa de la identificación con lo mejor que se quiere ser". América Latina, aún en medio de su presente trágico, guarda el esperanzador reclamo de construir esa identificación en un futuro: donde la producción y justa distribución de la riqueza sea el móvil esencial de la unidad entre sus naciones, donde Estados Unidos sea nuestro interlocutor y no nuestro verdugo, donde Europa sea un lugar de reencuentro cultural y estratégico, y donde la ratificación de lo étnico, lo regional, lo nacional y lo latinoamericano no sea un aislacionismo delirante sino una prueba de actualización de éxitos y adecuación civilizatoria permanente.

Caracas, junio de 1988.

## NOTAS

- (1) REYES, Alfonso: "Notas sobre la inteligencia americana" en John SKIRIUS (comp): **El ensayo hispanoamericano del siglo XX**, México: Fondo de Cultura Económica, 1981.
- (2) El término es de Darcy RIBEIRO: "La nación Latinoamericana, Futuro en América latina". **Documentos sobre la conferencia internacional sobre el futuro de América Latina.**, CEPAL, SELA, ILDIS, UNITAR, CENDES, Caracas. 15-19 de septiembre de 1986.
- (3) CARRERA DAMAS, Germán: "El dominador cautivo". **Revista Nacional de Cultura**. Nº 257, 1985, p. 50.
- (4) Citado por Roberto FERNANDEZ RETAMAR en **Calibán: Maracaibo**, Universidad del Zulia, 1973, p. 49.
- (5) VISO, Angel Bernardo: **Venezuela: identidad y ruptura**. Barcelona: Alfadil Ediciones, 1982, p. 26.
- (6) VISO, Angel Bernardo: Op. cit. p. 27.
- (7) RANGEL, Carlos: **Del buen salvaje al buen revolucionario**. Caracas, Monte Avila Editores, 1976, p. 21.
- (8) VARGAS LLOSA, Mario: "El nacionalismo es la cultura de los incultos". **Papel literario de EL NACIONAL**. Caracas, 10 de enero de 1981, p. 1.
- (9) El documento de consulta previo a la Conferencia de Puebla afirma: "la Iglesia es el factor más unificante del conjunto de los pueblos latinoamericanos, y, por ende, también de sus formas culturales. Sin la iglesia América Latina sería impensable". (Citado por BRUNNER, J.J.: "Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina" en MARTNER, Gonzalo (Coord): **América Latina hacia el 2.000: Opciones y estrategias**. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1986, p. 170.
- (10) Jean CASIMIR ha desarrollado la idea del surgimiento de las "nuevas etnias" a partir de la experiencia de migraciones masivas vividas por las naciones caribeñas como resultante de las dificultades económicas e sobrevivencia y de la persecución política (Cfr. CASIMIR, Jean: "Cultura hacia el año 2.000". Ponencia presentada a la **Reunión Informal de consulta para evaluar resultados del gran programa 1986-87 e identificar estudios prospectivos prioritarios de la región hacia el año 2.000**— UNESCO, Caracas 15-19 de febrero de 1988).
- (11) Un minucioso estudio sobre el tema se encuentra en ARDAO, Arturo: "Panamericanismo y latinoamericanismo" en ZEA, Leopoldo et. al.: **América Latina en sus ideas**. México: UNESCO—Siglo XXI editores, 1986, pp. 157-171.
- (12) Cfr. BONFIL BATALLA, Guillermo: "Panorama y perspectivas de investigación sobre problemas de la cultura en América Latina", (mimeo) s/f, s/d.
- (13) Cfr. BONFIL BATALLA, Guillermo: "Cultura hacia el año 2.000". **Reunión informal de consulta para evaluar resultados del gran programa I**, UNESCO, Caracas, 15-19 de febrero de 1988 (mimeo).
- (14) Esta idea la he desarrollado detalladamente en HERNANDEZ, Tulio: "La eterna invención de América". **Magazine literario del DIARIO DE CARACAS**, 11 de octubre de 1987.
- (15) Ribeyro alude a las "etnias nacionales" para designar "la correspondencia entre la identificación de un grupo como comunidad humana en sí, diferenciado de los demás, con la organización política propia en la cual habrá de vivir su destino" (RIBEYRO, Darcy: **Configuraciones histórico-culturales americanas**. Montevideo: editorial calicanto, 1976, p. 15.

(16) BRUNNER, José Joaquín: ob. cit. p. 163.

(17) CHACON, Alfredo: "Sobre la noción de identidad cultural y nacional" en Ensayos de crítica cultural. Caracas: Galería de Arte Nacional, 1982.

